



Tren bala
Kotaro Isaka

Traducción de Aleix Montoto



Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1568

Kimura



La estación de Tokio está abarrotada. Ha pasado ya algún tiempo desde la última vez que Yuichi Kimura estuvo aquí, y no puede estar seguro de si siempre está así de llena. Si alguien le dijese que está celebrándose en la estación algún acontecimiento especial, le creería. La muchedumbre que viene y va le resulta agobiante. Le recuerda al programa de televisión ese que Wataru y él habían visto juntos, el de los pingüinos, y la forma en que estos se apiñaban todos bien juntos. «Al menos los pingüinos tienen una excusa —piensa Kimura—. En el lugar en el que viven hace mucho frío.»

Espera que haya un hueco en el flujo de gente y, apretando el paso, ataja entre las tiendas de *souvenirs* y los kioscos. Luego sube un pequeño tramo de escaleras en dirección al torniquete del Shinkansen, el tren bala de alta velocidad. Al cruzar la puerta de embarque automática se pone tenso, teme que puedan detectar de algún modo la pistola que lleva en el bolsillo de la chaqueta, que el acceso se cierre de golpe y que le rodee el personal de seguridad. Pero no sucede nada. Afloja el paso y levanta la mirada hacia el monitor para consultar el andén de su Shinkansen, el Hayate. Hay un agente de policía uniformado haciendo guardia, pero no parece prestarle la menor atención.

Un niño con una mochila pasa a su lado, rozándole.

Parece tener unos ocho o nueve años. Kimura piensa en Wataru y siente una opresión en el pecho. Visualiza a su hermoso hijo, tumbado inmóvil e inconsciente en una cama de hospital. La madre de Kimura había exclamado al verle:

—¡Míralo! Parece que esté durmiendo, como si no le hubiera pasado nada. Es posible incluso que esté escuchando todo lo que estamos diciendo. No puedo soportarlo.

Al recordarlo, Kimura siente como si le vaciaran las entrañas.

«Ese cabrón pagará.» Si alguien puede empujar a un niño de seis años del tejado de unos grandes almacenes y seguir deambulando por ahí como si nada, es que el mundo está perdido. Kimura vuelve a sentir una opresión en el pecho, y esta vez no es a causa de la tristeza, sino de la rabia. Se dirige hacia las escaleras mecánicas aferrado a una bolsa de papel. «He dejado de beber. Puedo andar en línea recta. Las manos no me tiemblan.»

El Hayate ya está en el andén, esperando su turno para partir. Kimura aprieta el paso en dirección al tren y sube al vagón número tres. De acuerdo con la información que ha obtenido de sus antiguos socios, su objetivo viaja en un asiento de la hilera cinco del vagón número siete. Kimura entrará desde el número seis y le sorprenderá por la espalda. Ha de actuar con mucho cuidado y permanecer alerta, procurando no precipitarse.

Sube al vestíbulo. A la izquierda ve un cubículo con un lavamanos y se detiene un segundo frente al espejo. Cierra la cortina de esa pequeña zona de aseo. Luego mira su reflejo. Está despeinado y tiene legañas en las comisuras de los ojos. En su rostro ya asoma una áspera barba de tres días y los pelos del bigote crecen en todas direcciones. Le cuesta verse así. Se lava las manos, frotándose las bajo el agua hasta que el chorro automático del

grifo se detiene. Le tiemblan los dedos. «No es el alcohol, solo son nervios», se dice a sí mismo.

No ha disparado su pistola desde que Wataru nació. Solo la tocó una vez, al empaquetar sus cosas para la mudanza. Ahora se alegra de no haberla tirado. Las pistolas resultan útiles cuando hay que amedrentar a algún gamberro o mostrarle a algún gilipollas que se ha pasado de la raya.

El rostro del espejo se contrae. Sus arrugas agrietan el cristal, cuya superficie se curva y deforma al tiempo que Kimura tuerce la expresión.

«Ahora ya no hay vuelta atrás —parece decirle esa cara—. ¿Vas a ser capaz de apretar el gatillo? No eres más que un borracho, ni siquiera pudiste proteger a tu hijo.

»He dejado de beber.

»Tu hijo está en el hospital.

»Le daré su merecido a ese cabrón.

»Pero ¿vas a ser capaz de perdonarlo?»

La burbuja de sentimientos que hay en su cabeza ha dejado de tener sentido, y estalla.

Kimura mete la mano en el bolsillo de la chaqueta de chándal negra que lleva puesta y coge la pistola. Luego saca un cilindro estrecho de la bolsa de papel, lo coloca en el cañón y lo enrosca. No eliminará completamente el ruido del disparo, pero, tratándose de una pequeña pistola del calibre 22, al menos lo amortiguará y apenas se oirá un pequeño chasquido, más silencioso que el perdigón de una pistola de juguete.

Se mira en el espejo una vez más, asiente y luego mete el arma en la bolsa de papel y sale del cubículo.

Una azafata del tren está preparando el carrito de los aperitivos y casi choca con ella. Kimura está a punto de exclamar «¡Apártate!», pero sus ojos se posan en las latas de cerveza y contiene el impulso.

«Recuerda: un trago y se acabó. —Las palabras de su

padre resuenan en su cabeza—. El alcoholismo nunca llega a desaparecer del todo. Un trago y vuelves al punto de partida.»

Entra en el vagón número cuatro y comienza a recorrer el pasillo. Sin querer, le da un pequeño golpe a un hombre que va sentado a la izquierda cuando pasa a su lado. La pistola se encuentra en la bolsa, pero es más larga de lo normal a causa del silenciador, y choca con la pierna de ese tipo.

Rápidamente, Kimura se abraza a la bolsa con fuerza y, presa del nerviosismo y dejándose llevar por un impulso violento, se vuelve hacia el hombre —de rostro apacible y con gafas de montura negra—, que inclina con docilidad la cabeza y le pide perdón. Kimura chasquea la lengua y se aleja, dispuesto a seguir adelante, pero el tipo le dice a su espalda:

—¡Eh! ¡La bolsa que lleva está rota!

Kimura se detiene un momento y mira. Es cierto. Hay un agujero en la bolsa, pero por él no asoma nada que pueda identificarse como una pistola.

—Métase en sus asuntos —contesta con un gruñido mientras sigue adelante.

Deja atrás el vagón número cuatro y recorre deprisa el cinco y el seis.

—¿Cómo es que en el Shinkansen el vagón número uno está al final? —le preguntó una vez Wataru. «Pobre Wataru.»

—El número uno es siempre el vagón que está más cerca de Tokio —respondió la madre de Kimura.

—¿Por qué, papá?

—El más cercano a Tokio es el número uno, el siguiente, el dos, etcétera. Así, cuando cogemos el tren para ir a la localidad en la que papá creció, el número uno está en la parte posterior, pero cuando regresamos a Tokio, está en la frontal.

—Cuando el Shinkansen se dirige a Tokio, se dice

que sube y, cuando parte de Tokio, que baja —añadió el padre de Kimura—. Todo gira alrededor de Tokio.

—¡Entonces vosotros siempre subís a vernos!

—Bueno, queremos verte, de modo que hacemos el esfuerzo de subir hasta aquí.

—¡Pero no sois vosotros quienes lo hacéis, sino el Shinkansen!

El padre de Kimura se volvió hacia él.

—Wataru es adorable. Cuesta creer que sea hijo tuyo.

—Sí, no dejan de preguntarme quién es el padre.

Los padres de Kimura ignoraron el comentario mal-humorado y siguieron diciendo con alegría:

—¡Lo bueno debe de haberse saltado una generación!

Kimura entra en el vagón siete. A la izquierda del pasillo están las hileras de dos asientos y, a la derecha, las de tres, todas mirando hacia delante y con el respaldo de cara a él. Mete la mano en la bolsa, empuña la pistola y comienza a recorrer el pasillo contando las hileras.

Hay más asientos vacíos de lo que esperaba y apenas ve unos pocos pasajeros aquí y allá. En la hilera cinco, junto a la ventanilla, distingue la parte trasera de la cabeza de un adolescente. El chico está acomodándose y el cuello de una camisa blanca le asoma por debajo del *blazer*. Tiene el aspecto pulcro de un alumno ejemplar. Se vuelve para mirar por la ventanilla y contemplar distraídamente cómo otros trenes parten de la estación.

Kimura se acerca a él. Cuando está a una hilera, siente una repentina vacilación: «¿De veras voy a hacerle daño a este chico? Parece tan inocente». Es de hombros estrechos y constitución delicada: no parece más que un simple escolar excitado por viajar solo en el Shinkansen. El nudo de agresión y determinación que Kimura siente en su interior se afloja un poco.

Y, de pronto, unas chispas saltan ante sus ojos.

Al principio piensa que se deben a un fallo del sistema eléctrico del tren, pero en realidad se trata de su propio

sistema nervioso, que por un momento enloquece. El adolescente que está sentado junto a la ventanilla se ha dado la vuelta y le ha colocado algo junto al muslo, una especie de mando a distancia. Para cuando Kimura se da cuenta de que es el mismo tipo de pistola eléctrica casera que había visto usar a esos escolares, está paralizado y se le han erizado todos y cada uno de los pelos del cuerpo.

Cuando recobra la conciencia se encuentra sentado junto a la ventanilla con las muñecas y los tobillos atados con robustas tiras de tela y cinta de embalar. Puede doblar los brazos y las piernas, pero no desplazar el cuerpo.

—Es usted realmente estúpido, señor Kimura. No puedo creerme que sea tan predecible. Es como un robot que se limita a ejecutar su programación. Sabía que vendría a por mí, y sé muy bien lo que ha venido a hacer. —El chico está sentado a su lado y habla con animación. Algo en el pliegue de sus párpados y las proporciones de su nariz resulta casi femenino.

Este chico es quien empujó al hijo de Kimura desde el tejado de unos grandes almacenes, riendo mientras lo hacía. Puede que no sea más que un adolescente, pero habla con la seguridad en sí mismo de alguien que ha vivido varias vidas.

—Todavía me sorprende que haya salido todo tan bien. Desde luego, la vida es muy sencilla. Aunque lamentable decir que no para usted. ¡Tantos esfuerzos renunciando a su querido alcohol y haciendo acopio del valor necesario... para luego terminar así!

Fruta



—¿Cómo tienes la herida? —le pregunta Mandarina, que va en el asiento del pasillo, a Limón, que está sentado junto a la ventanilla.

Se encuentran en el vagón número tres, hilera diez, en el lado con tres asientos. Sin dejar de mirar por la ventanilla, Limón murmura:

—¿Por qué tuvieron que deshacerse de los serie 500? Esos vagones azules me encantaban. —Y, como si por fin oyera la pregunta, frunce el ceño y pregunta—: ¿Qué herida? —Su larga pelambreira recuerda a la melena de un león, aunque resulta difícil decir si se la peina así o simplemente la lleva desgreñada. La absoluta falta de interés que siente por el trabajo (o, de hecho, por cualquier cosa) es perceptible tanto en su mirada como en la sempiterna mueca de su labio superior. Mandarina se pregunta vagamente si la apariencia de su compañero está dictada por su personalidad o si sucede más bien al revés.

—Me refiero al corte que te hicieron ayer —señala—. En la mejilla.

—¿Cuándo me hicieron un corte?

—Salvando a este niño rico.

Ahora Mandarina señala al tipo que va en el asiento del medio, un joven de unos veintipocos años y con el pelo largo que se encuentra entre ambos. Su mirada va

alternativamente de un hombre al otro. Tiene mucho mejor aspecto que cuando lo rescataron la noche anterior. Lo encontraron atado, acababan de darle una paliza y no podía dejar de temblar. Sin embargo, no ha pasado siquiera un día entero y ya parece recuperado por completo. «Seguro que está vacío por dentro», piensa Mandarina. Suele ser el caso de la gente que no lee libros. Se trata de personas vacías y monocromas que pueden cambiar el chip como si nada. Se tragan algo y, en cuanto desciende por su garganta, se olvidan de ello. Físicamente incapaces de empatía. Son quienes más necesitan la lectura, pero en la mayoría de los casos ya es demasiado tarde.

Mandarina consulta su reloj. Son las nueve de la mañana, así que han pasado ya nueve horas desde el rescate del niño rico. Se trata del hijo único de Yoshio Minegishi. Estaba retenido en un edificio de la zona de Fujisawa Kongocho, en una habitación situada en una tercera planta subterránea, y Mandarina y Limón lo han sacado de allí.

—No digas gilipolleces. Yo nunca haría algo tan estúpido como dejar que me hicieran un corte. —Limón y Mandarina miden lo mismo, alrededor de uno ochenta, y ambos tienen la misma constitución larguirucha. La gente suele pensar que son hermanos, a veces incluso gemelos. Gemelos asesinos a sueldo. Siempre que alguien se refiere a ellos como hermanos, Mandarina siente una profunda frustración. Le resulta increíble que puedan equipararlo con alguien tan descuidado y simple. Seguramente a Limón no le molesta, pero Mandarina no soporta lo chapucero que es. Uno de sus socios dijo una vez que Mandarina era de trato fácil, mientras que Limón resultaba insufrible. Era como la fruta: nadie quiere comerse un limón. Mandarina se mostró del todo de acuerdo.

—Entonces ¿qué es este corte que tienes en la mej-

lla? La línea roja que va de aquí a aquí. Oí cómo te lo hacían. Uno de esos matones te atacó con una navaja y soltaste un grito.

—Yo nunca gritaría por algo así. Si lo hice se debió a que el tipo cayó derrotado demasiado rápido y me sentí decepcionado. Dije algo en plan: «¡Será nenaza!». En cualquier caso, esto que tengo en la cara no es ningún corte. Solo se trata de un sarpullido. Tengo una alergia.

—Nunca he visto un sarpullido que parezca un corte.

—¿Acaso eres el creador de los sarpullidos?

—¿Si soy qué? —Mandarina se muestra confuso.

—¿Has creado los sarpullidos y las reacciones alérgicas de este mundo? ¿No? Entonces quizá seas un médico especialista y estás poniendo en cuestión los veintiocho años que llevo lidiando con alergias. ¿Qué sabes exactamente sobre sarpullidos?

Siempre igual. Limón se pica y empieza a despotricar y a meterse con él. Si Mandarina no terminase aceptando las culpas o, simplemente, dejase de escucharlo, Limón podría seguir increpándole de forma indefinida. De repente, sin embargo, el chico que está sentado entre los dos, el Pequeño Minegishi, emite un pequeño ruido. Está mascullando algo.

—Ejem... Yo...

—¿Qué? —pregunta Mandarina.

—¿Qué? —pregunta Limón.

—Esto... Eeh... ¿Cómo habéis dicho que os llamabais?

Cuando lo encontraron la noche anterior, estaba atado a una silla y le habían dado un buen repaso. Mandarina y Limón lo despertaron y, mientras cargaban con él, no dejaba de repetir: «Lo siento, lo siento». Era incapaz de decir nada más. Mandarina se da cuenta de que es muy probable que el chico no tenga ni idea de lo que está pasando.

—Yo soy Dolce y este es Gabbana —dice con des-
preocupación.

—No —replica Limón—. Yo soy Donald y él es Dou-
glas —añade, señalando a Mandarina con un movimien-
to de cabeza.

—¿Qué? —Pero nada más preguntarlo ya sabe que
se trata de personajes de *Thomas y sus amigos*. Da igual
cuál sea el tema, Limón siempre se las arregla para sa-
car a colación *Thomas*. Se trata de una serie infantil de
animación protagonizada por trenes. A Limón le en-
canta. Siempre que necesita una alegoría, lo más pro-
bable es que recurra a alguno de sus episodios. Todo lo
que sabe sobre la vida y la felicidad lo ha sacado de ese
programa.

—Sé que ya te lo he explicado antes, Mandarina. Do-
nald y Douglas son unas locomotoras gemelas de color
negro. Ambas hablan con gran corrección. En plan:
«¡Cielos! ¡Pero si se trata de nuestro querido amigo Hen-
ry!». Hablar de este modo causa una buena impresión.
Seguro de que estarás de acuerdo.

—No puedo decir que no.

Limón mete una mano en el bolsillo de su cazadora,
rebusca algo y, tras sacar una lámina reluciente del tama-
ño de una agenda de direcciones, señala un dibujo:

—Mira, este es Donald. —En la lámina se ven un
puñado de trenes. Son pegatinas de *Thomas y sus amigos*.
Una de las locomotoras es negra—. Por más que te lo
explique, siempre te olvidas de los nombres. Parece que
te dé igual.

—Es que me da igual.

—Eres un rollo. Mira, te daré esto para que puedas
recordar sus nombres. Comenzando por aquí, este es
Thomas, y aquí está Oliver. En esta lámina los tienes a
todos. Incluso a Diesel. —Limón comienza a recitar sus
nombres uno a uno. Mandarina le devuelve la lámina de
pegatinas.

—Bueno... Entonces ¿cómo os llamáis? —pregunta el Pequeño Minegishi.

—Hemingway y Faulkner —dice Mandarina.

—Bill y Ben también son gemelos. Y Harry y Burt —añade Limón.

—Nosotros no somos gemelos.

—Bueno, Donald y Douglas ya me parece bien —opina el Pequeño Minegishi con seriedad—. ¿Os ha contratado mi padre para que me rescatarais?

Limón comienza a rascarse la oreja con indiferencia.

—Bueno, supongo que podría decirse que sí. Aunque, siendo honestos, en cierto modo no tuvimos más remedio que aceptar el encargo. Decirle que no a tu padre es demasiado peligroso.

Mandarina se muestra de acuerdo.

—Tu padre es de verdad intimidante.

—¿Tú también piensas que da miedo o contigo es más suave porque eres hijo suyo? —Limón le clava un dedo al niño rico. Lo hace ligeramente, pero el joven se sobresalta de todos modos.

—Yo... Eeeh... No, no creo que sea tan intimidante.

Mandarina sonrío sarcástico. Ese olor tan particular de los asientos del tren hace que comience a sentirse cómodo.

—¿Estás al corriente de las cosas que tu padre hacía cuando estaba en Tokio? Corren historias muy locas. Como la de la chica que se retrasó cinco minutos en el pago de un préstamo. Dicen que le cortó un brazo. ¿Esa la has oído? No un dedo, ¿eh? ¡Todo el brazo! Y no estamos hablando de cinco horas. Solo se retrasó cinco minutos, y él la dejó manca... —Se detiene aquí, consciente de que el mundo bien iluminado del Shinkansen no es lugar para detalles escabrosos.

—Sí, he oído esa historia —murmura el niño rico, en apariencia interesado—. Y luego mi padre metió el bra-

zo en el microondas, ¿verdad? —Lo dice como si estuviera hablando de la vez que su padre probó una nueva receta.

—¿Y qué hay de esta otra? —Limón se inclina hacia delante y vuelve a clavarle un dedo al joven—. Un tipo no quería pagarle y tu padre mandó secuestrar a su hijo, los puso a ambos cara a cara, les dio un cúter a cada uno y...

—Esa también la he oído.

—¿La has oído? —insiste Mandarinina, desconcertado.

—Lo cierto es que tu padre es un tipo listo. No se complica la vida. Si alguien le causa problemas, ordena que se libren de él, y si algo es demasiado complicado, opta por dejarlo estar. —Limón observa por la ventanilla que otro tren parte de la estación—. Hace algún tiempo había un tipo en Tokio llamado Terahara. Ganó mucho dinero y levantó muchas ampollas haciéndolo.

—Sí, su organización se llamaba Doncella. Sé quién es. He oído hablar de él.

El joven está comenzando también a sentirse cómodo y a dar muestras de cierta altivez. A Mandarinina no le gusta. Puede aceptar a los niños mimados en los libros, pero en la vida real no le interesan. Le resultan irritantes.

—Doncella desapareció hace seis o siete años —prosigue Limón—. Terahara y su hijo murieron, y la organización se disgregó. Tu padre debió de olerse que las cosas iban a ponerse feas, así que cogió los bártulos y se marchó de la ciudad en dirección al norte, a Morioka. Un tipo listo, como he dicho.

—Gracias.

—¿Por qué me das las gracias? No estoy alabando a tu padre. —Limón mantiene los ojos puestos en los vagones blancos del tren que se aleja de la estación, aparentemente triste por verlo marchar.

—No, por haberme salvado. Creí que ya no lo conta-

ba. Debían de ser unos treinta o así. Me ataron y me metieron en una habitación subterránea. Y tuve la sensación de que me matarían aunque mi padre pagara el rescate. Parecían odiarlo de veras. Estaba convencido de que había llegado mi fin.

El niño rico parece mostrarse cada vez más hablador y Mandarina hace una mueca.

—Eres muy listo. En primer lugar, todo el mundo odia a tu padre. No solo tus amiguitos de anoche. Diría que es más fácil encontrar a, no sé, una persona inmortal que a alguien que no odie a tu padre. En segundo lugar, como has dicho, te habrían matado en cuanto hubieran conseguido el dinero. Sin duda. En efecto, de ahí no ibas a salir con vida.

Minegishi se había puesto en contacto con Mandarina y Limón desde Morioka y les había encargado que llevaran el dinero del rescate a los secuestradores y liberaran a su hijo. Parecía un trabajo fácil, pero nada lo es nunca.

—Tu padre fue muy específico —explica Limón en tono gruñón, al tiempo que comienza a contar con los dedos—: «Salvad a mi hijo. Traed de vuelta el dinero del rescate. Matad a todos los implicados». Habla como si estuviera convencido de que obtendrá todo aquello que desea.

Minegishi les había dejado claras sus prioridades. Lo más importante era rescatar a su hijo, luego conservar el dinero y por último matar a los secuestradores.

—Pero, Donald, habéis cumplido con todo. Lo habéis hecho a la perfección —dice el niño rico con los ojos relucientes.

—¡Un momento! ¿Dónde está la maleta, Limón? —pregunta Mandarina repentinamente preocupado. Se suponía que Limón tenía que llevar consigo la maleta con el dinero del rescate. No se trataba de un bulto lo bastante grande para un viaje largo, pero era un modelo de un tamaño decente y con un mango robusto. Mandarina acaba

de percatarse de que no está en la bandeja portaequipajes, ni debajo del asiento, ni en ningún otro lugar a la vista.

—¡Te has dado cuenta, Mandarin! —Con una amplia sonrisa en el rostro, Limón se recuesta en el asiento y levanta las piernas hasta colocarlas en el asiento que tiene delante. Luego se mete una mano en un bolsillo—. Mira esto.

—La maleta no cabe en tu bolsillo.

Limón se ríe, aunque nadie más lo hace.

—Ya, hombre. Lo que llevo en el bolsillo es este pequeño trozo de papel. —Saca del bolsillo algo del tamaño de una tarjeta de visita y lo agita en el aire.

—¿Qué es eso? —El niño rico se inclina hacia delante para verlo mejor.

—Es un cupón para un sorteo que celebran en el supermercado en el que nos hemos detenido de camino a la estación. Lo hacen cada mes. ¡Mira, el primer premio es un viaje! ¡Y parece que han metido la pata, porque no figura ninguna fecha de caducidad, así que si uno gana puede hacerlo cuando quiera!

—¿Me lo dejas ver?

—Ni hablar. No pienso dártelo. ¿Para qué quieres tú un viaje gratis? Tu padre puede pagarte los que quieras. Pídeselo a él.

—Déjate de sorteos, Limón, y dime dónde diantre has metido la maleta —le corta Mandarin, irritado. No puede evitar sentir una horrible premonición.

Limón se vuelve hacia él con expresión serena.

—Veo que no sabes mucho sobre trenes, así que te lo explicaré. En los modelos actuales de Shinkansen, el compartimento para el equipaje voluminoso como maletas grandes, equipos de esquí o cosas así se encuentra en el vestíbulo del vagón.

Mandarina se queda de forma momentánea sin palabras. Para aliviar la presión de la sangre que ha comenzado a hervir en su cabeza, le da un codazo al niño rico

en el brazo. Este suelta un grito y luego protesta, pero Mandarinina lo ignora.

—Limón, ¿es que tus padres no te enseñaron que uno no debe perder nunca de vista sus pertenencias? —Mandarina hace todo lo posible para no alzar la voz.

Limón se siente claramente ofendido.

—¿Se puede saber qué significa eso? —protesta—. ¿Acaso ves por aquí algún sitio donde hubiera podido dejar la maleta? Ocupamos los tres asientos, ¿dónde diantre querías que la metiera? —Unas pocas gotas de saliva salpican al niño rico—. ¡Tenía que dejarla en algún sitio!

—Podrías haber usado la bandeja portaequipajes que hay sobre nuestras cabezas.

—¡Tú no la has llevado, así que no lo sabes, pero es una maleta muy pesada!

—La he llevado un rato y no es tan pesada.

—¿Y no crees que si alguien hubiera visto a un par de tipos de aspecto sospechoso como nosotros cargando con una maleta habría supuesto que hay algo valioso dentro? Nos habríamos quedado con el culo al aire. ¡Solo estoy procurando ser cuidadoso!

—No nos habríamos quedado con el culo al aire.

—Por supuesto que sí. Y, en cualquier caso, Mandarinina, ya sabes que mis padres murieron en un accidente cuando yo todavía iba a la guardería. No tuvieron tiempo de enseñarme muchas cosas. Y está claro que una de ellas no fue que no perdiera de vista mis pertenencias.

—Eres un cantamañanas.

De repente, el móvil que Mandarinina lleva en el bolsillo vibra, provocándole un cosquilleo en la piel. Al consultar en la pantalla quién le llama, tuerce el gesto.

—Es tu padre —le dice al niño rico. Y justo cuando se levanta y se dirige hacia el vestíbulo del vagón para responder la llamada, el Shinkansen comienza a moverse.

La puerta automática se abre y, nada más salir del

vagón, Mandarinina acepta la llamada y se lleva el móvil a la oreja.

—¿Y bien? —pregunta Minegishi en un tono de voz tranquilo pero penetrante.

Mandarina se acerca a la ventanilla y contempla el cambiante paisaje urbano.

—El tren acaba de partir.

—¿Está a salvo mi hijo?

—Si no lo estuviera, no habríamos embarcado.

Luego Minegishi le pregunta si tienen el dinero y qué les ha pasado a los secuestradores. El ruido del tren en marcha va en aumento y la comunicación es cada vez más difícil. Mandarinina hace su informe.

—En cuanto me hayan traído a mi hijo, su encargo habrá concluido.

«Pero si estás ahí relajándote en tu villa, ¿de veras te importa tu hijo?»

Mandarina se muerde la lengua.

La línea se corta. Mandarinina se da la vuelta para regresar a su asiento, pero se detiene de golpe: Limón se encuentra delante de él. Es una sensación extraña estar frente a alguien que mide exactamente lo mismo que uno. Es como mirarse en un espejo. La persona que Mandarinina ve, sin embargo, es más descuidada y se comporta peor que él, causándole la peculiar sensación de que sus propios rasgos negativos se han encarnado en una persona y están devolviéndole la mirada.

—Estamos en apuros, Mandarinina —dice Limón dando muestras de su nerviosismo innato.

—¿Apuros? No me culpes de tus problemas.

—También es problema tuyo.

—¿Qué sucede?

—Has dicho que debería haber dejado la maleta con el dinero en la bandeja portaequipajes del vagón, ¿verdad?

—Así es.

—Bueno, tus palabras me han dejado inquieto, así que he ido a buscarla al compartimento portaequipajes del vestíbulo que hay al otro extremo del nuestro.

—Bien hecho. ¿Y?

—No está.

Los dos aprietan a correr y cruzan a toda velocidad el vagón número tres hasta el otro extremo; el sitio para dejar el equipaje está justo al lado del baño. En el compartimento hay dos estantes y una maleta grande descansa en el superior, pero no es la de Minegishi con el dinero. A un lado hay una pequeña repisa vacía sobre la que antaño debió de haber un teléfono público.

—¿Estaba aquí?

—Sí.

—¿Y adónde ha ido?

—¿Al cuarto de baño?

—¿La maleta?

Limón se vuelve hacia el cuarto de baño y abre la puerta de golpe. No está claro si actúa en broma o en serio, pero su voz suena agitada cuando, después, exclama:

—¿Dónde estás? ¿Adónde cojones has ido? ¡Vuelve!

«Puede que alguien la haya cogido por equivocación», piensa Mandarina, pero sabe que no es así. Se le acelera el pulso. El hecho de sentirse intranquilo lo pone aún más nervioso.

—¡Eh, Mandarina! ¿Qué tres palabras describen nuestra situación actual?

Justo entonces, el carrito de los aperitivos entra en el vestíbulo. La joven azafata se detiene un momento para preguntarles si quieren algo, pero como no quieren que oiga su conversación, le hacen un gesto con la mano para que siga adelante.

Mandarina espera a que el carrito haya desaparecido por detrás de la puerta.

—¿Tres palabras? ¿Estamos en apuros?

—Estamos bien jodidos.

Mandarina le propone a su compañero regresar a sus asientos: así se calmarán y seguro que se les ocurre algo. Se vuelve para salir del vestíbulo y Limón va detrás de él.

—¡Y no he terminado! ¡Todavía hay más combinaciones de tres palabras! —Puede que se deba a que está confundido, o simplemente es idiota, pero en el tono de voz de Limón no se percibe la menor seriedad.

Mandarina hace ver que no le oye y, tras entrar en el vagón número tres, enfila el pasillo. A pesar de ser un día laborable por la mañana, el vagón no va lleno: poco menos de la mitad de los asientos están ocupados. Mandarina no sabe cuánta gente suele ir en el Shinkansen, pero le parece poca.

Como se dirigen hacia la parte trasera del tren, tienen a los pasajeros de cara. Unos están sentados de brazos cruzados, otros tienen los ojos cerrados, hay gente leyendo el periódico, gente de negocios... Mientras avanza, Mandarina va examinando las bandejas portaequipajes y los reposapiés en busca de una maleta negra de tamaño mediano.

El Pequeño Minegishi sigue sentado en su asiento, situado en la parte media del vagón. Ha reclinado el asiento y tiene los ojos cerrados, la boca abierta y el cuerpo apoyado en la pared y la ventanilla. Debe de estar cansado. Al fin y al cabo, hace dos días fue secuestrado y torturado, anoche lo rescataron y esta mañana lo han metido en un tren sin que haya tenido tiempo de pegar ojo.

Pero no es eso lo que a Mandarina se le pasa por la cabeza. En su lugar, el corazón comienza a latirle con fuerza. «No puede ser.» Por un momento se queda petrificado, pero se recompone con rapidez y, tras sentarse junto al joven, comprueba su pulso en el cuello.

Limón se acerca a ellos.

—¿Durmiendo en tiempos de crisis, señorito?

—Nuestra crisis acaba de empeorar, Limón.

—¿Cómo?
—El señorito está muerto.
—No puede ser. —Y, unos pocos segundos después,
añade—: Estamos jodidos de veras. —Luego cuenta
con los dedos y masculla—: Ahora las palabras son cua-
tro.